COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 560. ¿Cuál es el camino de nuestra oración?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 560 del Compendio del Catecismo

¿Cuál es el camino de nuestra oración?

El camino de nuestra oración es Cristo, porque ésta se dirige a Dios nuestro Padre, pero llega a Él solo si, al menos implícitamente, oramos en el Nombre de Jesús. Su humanidad es, pues, la única vía por la que el Espíritu Santo nos enseña a orar a Dios nuestro Padre. Por esto las oraciones litúrgicas concluyen con la fórmula: «Por Jesucristo nuestro Señor».

Es muy interesante este punto 560 en el que se nos habla de Jesucristo como camino: Jesucristo es el camino para llegar al Padre. Para que la oración esté bien hecha tiene que estar hecha en nombre de Jesús, o por lo menos implícitamente. No quiere decir que en todas las oraciones que hagamos uno tenga que introducir la palabra «Padre, te lo pido por Jesús». Aunque no se introduzca en todas las oraciones esa expresión cuando se dirige al Padre o al Espíritu Santo, implícitamente se sabe que está introducido, se sabe que pido al Padre por Jesucristo, en el nombre de Jesús.

Esto ¿por qué es así? Porque el acceso a Dios nosotros lo hemos encontrado a través de Jesucristo, que es el revelador del Padre. Jesús es el revelador del Padre. Por eso, si nosotros tuviésemos que acceder a Dios sin Jesucristo —como acontecía antes de que Dios tuviese la misericordia de venir a nosotros y llegar al mundo y mostrarnos su corazón— nuestro conocimiento de Dios sería remoto, difuso, imperfecto y por supuesto, inalcanzable. Dios resulta al hombre un misterio inalcanzable, por lo menos en la intimidad que nosotros queremos tener con El en la oración.

El hombre desde su razón puede llegar, como ya hemos explicado en el Compendio del Catecismo, tenemos una razón,que nos permite llegar a concluir la existencia de un ser, de un ser superior, de un Dios creador. Si, pero de ahí a tener una intimidad con Él en la oración es otra cosa. Es por Jesucristo, porque Jesucristo es como un puente.

La encarnación de Dios es como si Dios hubiese tendido un puente desde su misterio inalcanzable para nosotros hasta la humanidad. Por ese puente Dios vino a nosotros; y por ese mismo puente, en sentido opuesto, llegamos nosotros a Dios. Ese es el puente de la encarnación el que se convierte también en una escuela de oración, de relación con Dios.

Por eso, algo a lo que le tenemos que tener mucha, muchísima devoción y enamorarnos de ello, es la **humanidad de Jesucristo**. La humanidad de Jesucristo. El hecho de que Él, siendo verdadero Dios, se hiciese verdadero hombre; es de lo que

tenemos que enamorarnos. Santa Teresa de Jesús, auténtica maestra de oración en la vida de la Iglesia y la tradición de la Iglesia, era una enamorada de la humanidad de Jesús. Y tendía a desconfiar cuando alguien le venía con métodos de oración en los que se buscaba una abstracción; una abstracción en la que se desprendía de la humanidad de Jesús porque le parecía como que la verdadera oración tiene que ser de aquellos que no se fijan en imágenes, no buscan tocar, palpar, sino que tienen que desprenderse de ese conocimiento a través de los sentidos. Y esa oración la rechazó Santa Teresa .

En su tiempo, allí en el siglo XVI, en ese Siglo de Oro español, cumbre de la mística, existían también escuelas llamadas de los «iluminados». Los iluminados tendían a despreciar la humanidad de Jesucristo porque venían a decir que la verdadera oración era una oración hecha en el Espíritu Santo, ya que uno había llegado a un nivel en el que no necesitaba de las imágenes de Jesucristo. Era como llegar a una abstracción.

Los iluminados, en el fondo, eran un riesgo de reedición de la vieja herejía que apareció en los primeros momentos de la vida de la Iglesia llamada el **gnosticismo**. El gnosticismo se caracterizaba precisamente por esto: por una abstracción. La encarnación es la verdadera respuesta a Jesucristo. Ya en las cartas de San Juan dice: «Os prevengo sobre aquellos que niegan que Dios viniese en carne verdadera, que tomase nuestra carne». La encarnación es la clave para entender que: al Padre vamos a través de la humanidad de Jesucristo.

Y la humanidad de Cristo nos enseña a orar. Y por eso Santa Teresa de Jesús y los grandes santos y las escuelas de oración nos han enseñado incluso a utilizar nuestra imaginación para ver a Jesús, escuchar sus palabras, vernos introducidos en las escenas evangélicas. Lejos de ser eso un estorbo, para nosotros no es pretender llegar a una especie de vacío interior, en absoluto: es la escuela, es el camino para llegar al Padre.¡Ojo con las falsas propuestas de «vaciamiento»! Nosotros no queremos vaciamiento alguno, queremos llenarnos de Jesús para desde Jesús acceder al Padre.

Esta creo que es algo que tiene una gran actualidad por la crisis que ha generado en la espiritualidad la llamada *Nueva Era*.

Por lo tanto, este punto nos dice: nos dirigimos al Padre en Jesucristo, invocando por el nombre de Jesús.

También, obviamente, uno puede dirigirse directamente a Jesús. ¡Claro que uno puede dirigirse a Jesús! Por ejemplo, esas oraciones: «Jesús, hijo de David, ten compasión de mí». Porque Jesucristo, además de ser el camino para llegar al Padre, también es la Verdad y la Vida, por lo cual también nuestra oración se puede dirigir a Jesús. Porque dirigiéndose a Jesús se dirige al Padre, porque dice Jesús: «El Padre y yo somos uno». Somos uno en esa unión trinitaria que tienen entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.